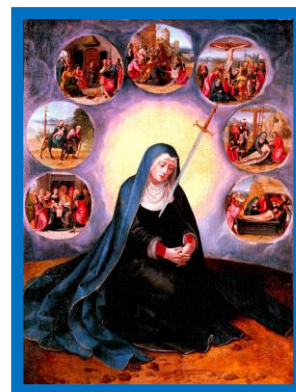


SEPTENARIO DE LOS DOLORES DE LA VIRGEN

INTRODUCCIÓN

En este tiempo de Cuaresma, la Iglesia nos recuerda de forma especial algo que está muy presente en el Evangelio: que el camino hacia la Resurrección pasa necesariamente por la Pasión, no hay otro.

Próximas ya las celebraciones de la Semana Santa, nos fijamos en la figura de María, mujer creyente y modelo de seguimiento a Jesús. Ella encarnó en su vida esa realidad: el camino hacia la alegría de la Resurrección pasa por el dolor de la Pasión. Los “dolores” que vamos a recordar en este septenario nos hablan precisamente de esto. Aprendamos de María a vivir nuestra fe y caminemos con ella hacia la Pascua.



PRIMER DOLOR: LA PROFECÍA DE SIMEÓN

Lucas (Lc. 2, 33-35): *“María y José estaban admirados por lo que se contaba del niño. Simeón los bendijo y añadió a su madre: «Mira: éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida; así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti una espada te traspasará el alma».*

«Las palabras de Simeón dan nueva luz al anuncio que María había oído del ángel: Jesús es el Salvador, es luz para iluminar a los hombres... El anuncio de Simeón parece como una segunda anunciación a María, pues le indica la dimensión histórica en la que el Hijo cumplirá su misión, es decir, en la incomprensión y en el dolor. Es cierto que este anuncio confirma su fe en el cumplimiento de las promesas divinas de la salvación, pero le revela también que deberá vivir en el sufrimiento su obediencia de fe al lado del Salvador que sufre, y que su maternidad será oscura y dolorosa». (Redemptoris Mater, n° 16)

En contraste con el anuncio del ángel lleno de gloria, las palabras de Simeón indican a María que no será nada fácil el camino de la fe que ha emprendido.

¡Si el camino estuviera siempre claro! ¡Si se entendieran siempre bien los signos! Pero muchas veces el camino de la fe es oscuro.

María, antes y después de la profecía de Simeón, asume para sí el auténtico estilo del creyente según la Biblia: *«Tú no quieres ofrendas ni sacrificios... Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad».* (Sal. 40, 7-9; Hb. 10, 5-7)

Aprendamos de María a ofrecer al Señor no ofrendas y sacrificios, sino aquello que los sustituye: la obediencia de la fe, viviendo de acuerdo con la voluntad de Dios, manifestada definitivamente en Jesucristo.

PRECES

María, feliz porque has creído, *Ruega por nosotros*

María, Virgen de Nazaret, *Ruega por nosotros*

María, esclava del Señor, *Ruega por nosotros*

María, unida a Jesús hasta la cruz, *Ruega por nosotros*

ORACIÓN

María, llena de gracia, tú que has estado presente en el misterio de Cristo por la fe: ayúdanos a tener una fe firme, que nos lleve a vivir con fidelidad el camino de Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén

SEGUNDO DOLOR: LA HUIDA A EGIPTO

Mateo (Mt. 2, 13-15): *“Apenas se marcharon los magos, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y huye a Egipto; estate allí hasta que yo te diga, porque Herodes busca al niño para matarlo». Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egipto. Y permaneció allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: «De Egipto llamé a mi hijo».*

La huida de la sagrada familia a Egipto nos recuerda la salida de Abrahán de su tierra. La carta a los Hebreos nos comenta este acontecimiento: *«Por la fe, Abrahán, al ser llamado por Dios, obedeció y salió hacia el lugar que había de recibir en herencia; y salió sin saber a dónde iba. Por la fe peregrinó por la Tierra Prometida como en tierra extraña, habitando en tiendas, lo mismo que Isaac y Jacob, coherederos de las mismas promesas».* (Hebreos, 11, 8-9)

La huida a Egipto se sitúa en esta línea de experimentar la inseguridad y el desarraigo de la tierra por la obediencia de fe a la llamada de Dios. María, como Abrahán, acoge la llamada de Dios que le dice: *«Sal, ponte en camino, un camino que será largo y difícil».*

Y María dejó su tierra, su casa y su familia. Ante el ángel Gabriel había pronunciado la palabra decisiva, la palabra de los grandes creyentes: *«Fiat (Hágase)».* Y se puso en camino. Llena de fe, aceptando el reto de la llamada de Dios, la Virgen colabora eficazmente en nuestra salvación.

Demos gracias a María por su testimonio de fe. Y aprendamos de ella a estar continuamente dispuestos a “levantar la tienda” para emprender el camino de la fe dejando atrás el pasado para abrirnos al futuro siempre nuevo al que Dios nos llama.

PRECES

María, madre de Dios y madre nuestra, *Ruega por nosotros*

María, tú que supiste escuchar la palabra de Dios, *Ruega por nosotros*

María, tú que conservaste cuidadosamente la palabra de Dios, *Ruega por nosotros*

María, primera discípula de Jesús, *Ruega por nosotros*

ORACIÓN

Santa María, madre de Jesús y madre de la Iglesia: Haz que tu presencia maternal nos ampare y defienda en esta vida y nos alcance la alegría del cielo. Te lo pedimos por Cristo, nuestro Señor. Amén

TERCER DOLOR: JESÚS PERDIDO EN EL TEMPLO

Lucas (Lc. 2, 41-50): “Sus padres iban todos los años a Jerusalén por la fiesta de la pascua. Cuando tuvo doce años, fueron a la fiesta como de costumbre. Terminada la fiesta, emprendieron el regreso, pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que sus padres se dieran cuenta. Creyendo que iba en la caravana, anduvieron una jornada, al cabo de la cual se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, volvieron a Jerusalén. A los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. Todos los que le oían estaban admirados de su inteligencia y de sus respuestas. Al verlo, se quedaron maravillados, y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué has hecho esto? Tu padre y yo te hemos estado buscando muy angustiados» Él les contestó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme en los asuntos de mi Padre?». Ellos no comprendieron lo que les decía”

José y María sienten el dolor y la preocupación que les produce la pérdida de Jesús. Y también el dolor y la preocupación de su justificación cuando lo encuentran: *¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme en los asuntos de mi Padre?* Ellos no comprenden lo que Jesús quiere decirles; pero María meditaba y guardaba estas cosas en su corazón.

José y María estaban junto a Jesús incondicionalmente. Esa actitud era consecuencia directa de su fe. Y éste es el ejemplo de María para nosotros en este tercer dolor: como seguidores de Jesús, habrá momentos en que no entenderemos sus caminos, pero debemos seguir adelante confiando siempre en su palabra.

PRECES

María, mujer humilde de Nazaret. *Ruega por nosotros*

María, bienaventurada por tu fe, *Ruega por nosotros*

María, esperanza de la humanidad, *Ruega por nosotros*

María, madre de la Iglesia, *Ruega por nosotros*

ORACIÓN

Oh, Dios, padre bueno, que amas a los pobres y sencillos, y les revelas los misterios más profundos de tu ser: concédenos, por intercesión de María, la humildad y la sencillez capaces de transformar nuestras vidas. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

CUARTO DOLOR: LA SUBIDA AL CALVARIO

Juan (Jn. 19, 25): “Estaban en pie, junto a la cruz de Jesús: su madre, la hermana de su madre -María de Cleofás- y María Magdalena”

Lo que María experimentó en ese momento que ahora recordamos, se puede expresar muy bien con las palabras del libro de las Lamentaciones de Jeremías: «*Vosotros, los que pasáis por el camino, mirad, fijaos: ¿hay dolor como mi dolor?*» (Lam. 1, 12) Es el instante profetizado por el anciano Simeón: «*Una espada te traspasará el corazón*».

María está cerca de su hijo, comparte su dolor, llora las mismas lágrimas provocadas por una condena injusta; en plena libertad, asume todo con Jesús para redimir, expiar y liberar.

María colabora en la construcción de un mundo donde no hará falta crucificar a nadie, porque el Reino de Dios comienza a ser instaurado. María, con su solidaridad, con sus lágrimas y sufrimiento, ayuda a gestar la nueva condición de este mundo.

También hoy la Virgen participa del dolor que acompaña a los hombres y mujeres que se esfuerzan por instaurar el Reino de Dios. En todos los que caminan bajo el peso de tantas cruces, María ve en ellos la imagen de su hijo. Es la Virgen de los Dolores, porque sabe hacer suyas nuestras tribulaciones en el seguimiento de Cristo y de su Evangelio.

Acompañados por María, cobremos fuerzas para cargar con la cruz hasta alcanzar la liberación.

PRECES

María, siempre al servicio de Dios, *Ruega por nosotros*

María, consejera de los discípulos de tu Hijo, *Ruega por nosotros*

María, maestra para encontrar a Cristo, *Ruega por nosotros*

María, Virgen madre de todos, *Ruega por nosotros*

ORACIÓN

Acepta, padre bondadoso, nuestras súplicas; y, ya que nos dejaste a María por madre, danos valor para comprometernos en colaborar para que tu salvación llegue a todos nuestros hermanos. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

QUINTO DOLOR: LA MUERTE DE JESÚS

Lucas (Lc. 23, 44-46): *“A eso del mediodía, se oscureció el sol y toda la región quedó en tinieblas hasta la media tarde. La cortina del templo se rasgó por medio. Jesús gritó con fuerza: «¡Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu!». Y, dicho esto, expiró”*.

Los hombres decretaron la crucifixión de Jesús. El crucificado acepta libremente su muerte como acto de amor y entrega por el perdón de los pecados de la humanidad, en señal de solidaridad con todos los “crucificados” de la historia, víctimas del endurecimiento del corazón y del rechazo del Reino del amor y de la misericordia.

Pero, a pesar de su amor por la humanidad y de la confianza sin límites en el Padre, Jesús llega a experimentar la ausencia de Dios, llegando a exclamar: *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»*

Y María, en cierto modo, también muere en la cruz de Cristo. No es sólo ver morir a su hijo: es que está viendo morir al Salvador de Israel, aparentemente abandonado por Dios.

Pero, al mismo tiempo, María, igual que hizo Jesús, pone su confianza plena en Dios: *«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»*.

Aprendamos de María a compartir hasta las últimas consecuencias el misterio redentor de Cristo, que se prolonga por los siglos hasta la consumación del mundo.

PRECES

María, corredentora con Jesús para nuestra salvación, *Ruega por nosotros*

María, modelo de seguimiento a Jesús hasta el final, *Ruega por nosotros*

María, madre solícita y cercana en todo momento, *Ruega por nosotros*

María, que en la persona de Juan a los pies de la cruz, nos acoges a todos, *Ruega por nosotros*

ORACIÓN

Dios nuestro, que en tu designio amoroso no dudaste en sacrificar a tu propio hijo por la salvación del género humano, concédenos la gracia de morir al pecado para que un día podamos gozar de la dicha de tu Reino. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

SEXTO DOLOR: JESÚS MUERTO EN BRAZOS DE SU MADRE

Del Evangelio de san Juan (Jn. 19, 38-40)

José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque clandestino por miedo a los judíos, pidió a Pilato el cuerpo de Jesús. Fue también Nicodemo, aquél que la primera vez había ido a verlo de noche llevando unas cien libras de una mezcla de mirra y áloe. Cogieron el cuerpo de Jesús y lo vendaron de arriba abajo, echándole aromas como acostumbra a enterrar los judíos

María recibe ahora en sus brazos el cuerpo sin vida de su hijo. Y, sollozando, exclama: “¡Hijo mío!, ¿qué te han hecho?. Tú curaste a tantos con tus manos, y ahora te las han taladrado. Tú devolviste a tantos la vida, y ahora te han quitado la tuya. Tú no cesaste de hacer el bien, y mira el mal que te han causado”.

La pasión de Cristo sigue siendo vivida por aquéllos que, siguiendo a Jesús, llegan a verter su sangre por la construcción del Reino de Dios.

María llora por ellos, como lloró por Jesús.

Y Dios escuchará la súplica de la madre de su hijo.

PRECES

María, tú que sostuviste en tus brazos el cuerpo sin vida de Jesús, *Ruega por nosotros*

María, modelo firme de fe incluso en los momentos más oscuros,

Ruega por nosotros

María, madre de todos cuantos creemos en tu hijo, *Ruega por nosotros*

María, tú que esperaste confiada la resurrección de Jesús, *Ruega por nosotros*

ORACIÓN

Al contemplar a tu Hijo muerto en brazos de María, te pedimos, oh Dios misericordioso y origen de todo bien, que también nosotros seamos capaces de extender nuestros brazos para acoger a Jesús presente en tantos hermanos nuestros necesitados y heridos. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

SÉPTIMO DOLOR: LA SEPULTURA DE JESÚS

Marcos (Mc. 15, 42-46): “Ya había caído la tarde, cuando José de Arimatea, distinguido consejero que aguardaba también el reinado de Dios, armándose de valor, se presentó ante Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato se extrañó de que ya hubiera muerto, llamó al capitán y le preguntó si hacía mucho que había muerto. Informado por el capitán, concedió el cadáver a José. Éste compró una sábana y, descolgando a Jesús, lo envolvió en la sábana, lo puso en un sepulcro excavado en la roca y rodó una losa contra la entrada del sepulcro”.

¡Qué dolorosos debieron de ser esos momentos para María!: su hijo, destrozado, había muerto de forma cruel y además prácticamente solo.

A María no le queda ni tan siquiera el consuelo de ver junto al cuerpo de su hijo a las personas más allegadas a su causa.

Éste es el dolor de María: ver al hijo de Dios arrojado del mundo como un maldito. Ni los apóstoles, ni los que habían escuchado sus enseñanzas, ni los leprosos, ciegos y endemoniados a quienes había curado, ni la muchedumbre que días antes lo había aclamado como rey..., nadie estaba allí.

Tal vez, en esos dramáticos momentos, María llegase a pensar que todo había sido un sueño, porque ¿cómo era posible que terminase así la vida del Salvador de Israel?

Pero María, la esclava del Señor, la mujer del “sí”, no abandona: permanece fiel a Dios y a los designios de salvación, por incomprensibles que pudieran parecer. Por eso ella, que participó en la muerte del Redentor, participa de forma especial de la gloria en la mañana de la resurrección.

PRECES

María, modelo de perseverancia en las dificultades, *Ruega por nosotros*

María, madre del Redentor y madre nuestra, *Ruega por nosotros*

María, consuelo de los tristes y desalentados, *Ruega por nosotros*

María, salud de los enfermos y reina de la paz, *Ruega por nosotros*

ORACIÓN

Señor Jesús, te pedimos que, a ejemplo de María, sepamos participar de tu pasión llevando con fe la cruz de nuestros sufrimientos, de modo que un día podamos alcanzar también contigo la gloria de la plena resurrección. Te lo pedimos a ti, que eres Dios y vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.